

El reflejo acuoso de la luna

Alfonso Gamarra Durana

UNO

Paola no atinaba a saber que la pubertad le hizo aparecer unos sueños extraños provocados por la habilidad táctil que le engolosinaba con su piel. Como no recordaba desde cuándo vivía entre las cinco paredes de su habitación, tampoco se interesaba en contar fechas ni horas. Sabía que cuando aparecía la luz matinal tenía que levantarse, y que cuando los fuertes rayos del sol entraban perpendicularmente por la alta y lejana claraboya en el techo ella recibiría un plato con zanahorias cocidas yaciendo en medio de carnes y un hueso blanco en su propio caldo. Le pasaban por la ventana una vez al día. A veces, también le acompañaban una jarra de peltre grande y llena de agua.

Todos los días cuando terminaba de rumiar la fibra dura de la carne, se ponía a investigar su aposento, pero a la llegada de la obscuridad se olvidaba de lo visto. Así, retornaba a lo mismo al día siguiente. Había contado que su cuarto tenía cinco paredes pues una de ellas se alzaba desde el piso con una fuerte inclinación hasta llegar a un cielo raso estrecho. Era ésta la más fría y la que crujía espantosamente cuando llovía pues las gotas hacían lo posible para no golpear simultáneamente en el tejado. Se quería morir entonces porque le asustaba mucho el ruido, pero llegaba el día siguiente y volvía a ser igual que el anterior. No le importaba quién le hacía llegar la comida, pues como nadie le hablaba, su apatía no cambiaba. Su única preocupación era esperar la comida para coger el pan, guardarlo entre sus ropas y comerlo en la noche, que era cuando le giraba la barriga por el hambre. A veces no llegaba el pan y se enfurruñaba de tal modo que se pasaba toda la tarde en un rincón sentada en el piso con las rodillas flexionadas y apretadas contra su pecho.

De repente, cantaba una canción con letra incomprensible. El estribillo se repetía monótonamente pero se interrumpía cada vez que deglutía uno de sus cabellos que, en su ensimismamiento, había logrado chuparlo y formar una bola para, finalmente, tragarla. Otras veces murmuraba frases que le salían inmotivadamente. Las decía con reiteración mientras alzaba el tono de su voz. Gritaba sus letanías o las cantaba suavemente: "El viento es blando/cuando lo agarro se tuerce. / Mi dedo es duro, / si lo muerdo / mi muela chorrea su sangre".

Una mañana se le ocurrió probar el polvo blanco que se desprendía de su desgastada quinta pared. Escupió, primero, porque le pareció salado; pero volvió a intentar y apreció un cierto sabor a la leche, que tal vez ni así sabía porque eran muchos los años que ya no la bebía. A los pocos meses se le había hecho hábito el chupar fragmentos grandes que arrancaba de la pared. Se dio cuenta que comiendo la "tierrita" estaba volviendo a despertar porque un atontamiento le dominaba en ciertos momentos.

Entre entonar más canciones antes inexistentes, ahora creadas y mañana olvidadas, y meter a la boca trocitos de uña, trenzados de cabello y



Jaime Calisaya, "Abstracto" óleo.

pedacitos de estuco, se pasaba el tiempo, y el agujero de la pared se hacía más y más grande, sin que Paola se enterase de que ya podía sacar la cabeza hacia un cobertizo.

DOS

Cuando la luz atraviesa un prisma se descompone en siete colores. Esto es el espectro solar. ¡Y quién no conoce el arco iris! Lo importante, sin embargo, es convertir ese espectro en un caos gracias al empleo de numerosos lentes. Como se pueden concentrar con un lente los rayos del sol para producir una llama, si se consiguiera que ingresasen los siete colores por un sistema de lentes se podría originar la trifulca del aire. Ésta era la hipótesis del señor Cartagena. El día íntegro y parte de la noche dedicaba a los experimentos revolucionarios. Los que quizás hubieran tenido éxito si hubiera utilizados lentes cóncavos, planos o convexos, y no los fragmentos de botellas que su sirviente se encargaba de proporcionarle.

Como todo buen científico en el camino de los razonamientos luminicos vino a descubrir cierta relación del agua cristalina con los vidrios y los rayos de la luna. Lamentablemente tenía que esperar gran parte del mes hasta que la luna llena iluminara de frente a la única ventana esmerilada que tenía su cuarto de un segundo piso. Pero sus métodos cabalísticos - relacionar las fases de la luna con los cristales de cuarzo que tenía en una muestra mineralógica, para conseguir que un alma en pena se comunicara con él - lograrían el éxito que le prometía su concentración mental.

Si alguna persona lo hubiera estudiado, hubiera pensado que era un místico recluso que vivía obsesionado por hallar la iluminación. Pero le veía solamente su viejo sirviente, antes jardinero de dos árboles y unas cuantas hortalizas. Le servía la mesa que ni siquiera consumía. Le tendía la cama, que era muy pródiga de insomnios. limpiaba el polvo con la convicción de que éste es retornable al instante.

El profesor Cartagena no abría nunca la boca. Seguro estaba de que quien preparaba su comida y vigilaba que la servidumbre cumpliera con sus obligaciones era su hija Paola. Por lo demás él ponía una valla contra las irrupciones del recuerdo intolerable.

Las últimas semanas estaba más enfervorizado con sus investigaciones. Lo que él llamaba el fenómeno sintético-metálico del espacio estaba a punto de cristalizar en resultados espectaculares.

Cuando se concentraba, hasta el grado de una autohipnosis, en el agua pura que contenía una jofaina de zinc, y coincidiendo con la aparición plena de la luz de la luna en su ventana, alcanzaba a ver cómo se dibujaba la

silueta de una mujer, de cabellera flotante como bandera, y de extremidades muy largas. Una combinación de fantasma femenino y araña de elongadas patas.

La visión de la sombra duraba poco, pero el recuerdo prolongaba un tanto más su presentación. Concentraba su mirada y el esfuerzo de su mente en la vidriera, creyéndola una lente mágica, y a los pocos minutos, precedida por unos ladridos furiosos de incontables perros, volvía a deslizarse la sombra ahora en sentido inverso, de abajo arriba, entre la luna y los ojos desvariantes del profesor Cartagena.

TRES

Unos días después, entre dos árboles secos del pequeño patio, una pareja conversaba mirando continuamente a la única ventana clausurada con barras transversales, del segundo piso, y a la buhardilla que apenas se adivinaba que existiera encima de ese piso.

-Ya no sé hasta cuándo seguiremos aguantando a tu viejo profesor y a su hija. Ambos están cada vez peor, y el Cartagena ni quiere alimentarse.

-Pero, mujer... Si está comiendo desde enero. Ji, ji, ji... Está comiendo las hojas del almanaque.

-Calla, tonto. ¿No te das cuenta que de nada ha servido lo planeado por sus parientes? El encerrar a la niña agresiva nos quitó problemas por un tiempo, pero qué pasará ahora que se convierte en mujer, y que empieza a querer fugarse. Al profesor, fomentarle su tema no le ha serenado en absoluto pues sigue con sus manías.

-Debe estar experimentando el porque en otoño no se le caen las hojas a los cuchillos. Ji, ji, ji...

-Dice que viene un ángel de la luna hacia su ventana. Este hombre ha perdido la cabeza...

-Si lo único que se hace ahora con cabeza son los fosforos. Ji, ji, ji...

-A ver... Ocurrírselo a la Paola ir abriendo poco a poco un boquete para escaparse.

-¡Y a dónde iba a ir! No me expliques cómo sabía la hora en que los vecinos iban a ver a esas bestias de sus perros guardianes, y entonces ella bajaba del boquete por los fierros de la ventana del viejo y por entre las ramas de este árbol y el trenzado metálico de la verja vecina alcanzaba la comida para los perros y regresaba a su camastro para pasar la noche roe que roe.

-Y tantas noches, lo mismo. ¡Qué haría la Paola para robarles los huesos y no ser mordida por esos malditos...!

-Entre locos se entienden... Ji, ji, ji... ¡No importa las especies!

-Sólo cuando huía con su cena, recién empezaban los ladridos del mismo infierno.

-Ladridos y pezuñas del mismo diablo. Ji, ji, je...

-¡Ya! Corta esa tu risa tan quebradiza como primer hielo del invierno. Nos toca a nosotros enloquecer. Ahora que hemos vuelto a tapiar doblemente la pared, se acabó el encantamiento; ya no se sale ella y cuando llega la hora de la luz empiezan los dos con sus chillidos de impotencia. Parece que los dos tipos de aullidos se comunican.

-Todo ha de depender de las fases de la luna. Y quizás del reflejo acuoso de los lentes, como dice el Cartagena.

